

Querida amiga: Necesito contarte algo, aunque ya nunca podrás leerla, o quizá sí. ¿No dicen que a los que están en coma hay que hablarles, porque quizá escuchen? ¿Quién sabe si aquellos que nos han abandonado, estén también entre nosotros? ¡Hay tantas cosas que desconozco!

¡Estoy en casa!, rodeada de mi amigos, de olores tanto tiempo olvidados. Olor a mar, a salitre, a trabajo duro y mal recompensado.

¡ Ummm! Y a pesar de todo ¡Cuánto te he echado en falta!

En este momento; a primeros de mayo, de este mes en el que las mañanas se levantan frescas pero saludables, a mis 75 años, salgo al balcón de mi casa desde donde veo pasar el tiempo y la gente, todo se ve de otra manera.

Cuando veo pasar a los niños y las niñas de hoy en día, con sus mochilas repletas de libros acudiendo a la escuela, me acuerdo cuando yo tenía su edad y tenía que preparar los libros de mis hermanos. Libros que deseaba de todo corazón fueran míos, pero a los que sólo mis hermanos tenían el privilegio de acceder.

Mi madre y mi padre, ¡pobres!, tenían esa mentalidad que les indicaba que sólo los chicos servían para estudiar, yo, era poco más que una mula de carga. Aprendí yo sola a leer y por las noches cuando mis hermanos dejaban sus libros tirados por cualquier lado, me dedicaba a leerlos, mirar aquellos dibujos que tanto me gustaban y con toda seguridad, si me hubieran preguntado hubiera sabido decir lo que ponía de "pe a pa", pero no podía ser. Tenía un gran defecto. ¡Era mujer!.

Por aquél entonces, las mujeres nacíamos programadas; criada, esposa y madre, Siempre así y por ese orden y por supuesto yo también seguí esta programación y aprendí cosas, a fregar, lavar, cocinar... y a decir verdad, me vino muy bien saber todo esto, porque más adelante cuando necesité ganarme el garbanzo, no se me cayeron los anillos.

Como yo no era una mujer al uso, me explico, quiero decir que ese programa no me seducía demasiado, me rebelaba con frecuencia ante tamaña injusticia, con mis 17 años recién cumplidos fui a trabajar a la ciudad; allí no me costó mucho trabajo encontrar trabajo, eso sí de "ilustre fregona" y yo seguía añorando la escuela, los libros... Seguía queriendo aprender y cuando veía a los jóvenes con sus libros, los ojos se me iban detrás de ellos.

Un día decidí que yo tenía los mismos derechos que mis hermanos y me apunté a un grupo de esos de escuela nocturna y estudié, hasta que por las noches se me cerraban los ojos encima de los libros, pero esto tuvo su recompensa. Llegué a ser Asistente Social.

Yo conseguí alcanzar una meta, pero aún había muchas cosas a conseguir. Ahora me vienen a la memoria las noches y horas de sueño perdidas. ¿Por qué lo tenemos tan difícil? Mis hermanos con muchas más facilidades, no han estudiado nada, pero eso sí con los encargados del supermercado y del almacén.

Pensareis que soy una resentida, pero eso no es cierto. La mujer no puede permitirse ese lujo; tiene que luchar el doble si quiere conseguir cierta cota de poder.

Empecé a trabajar en un centro privado, en el que nuestro jefe por supuesto, era un hombre y para seguir en la misma tónica, se creía superior a nosotras, porque allí, sólo éramos "nosotras" no había ningún "nosotros".

Empleaba mi día entre el trabajo y el estudio, no tenía tiempo para chicos y los años fueron pasando. Mis hermanos se casaron, tuvieron 3 hijos y 2 hijas.

Cuando nació mi primera sobrina, y sólo en aquel instante, decidí que pasase lo que pasase a esa niña no iba a pasarle lo que a mí. Haría todo lo que estuviera en mi mano para que fuera tratada como su hermano. Empecé esta cruzada primeramente con mi hermano, porque seguía teniendo mentalidad de pueblo pequeño. Me costó lo mío, tuve muchas discusiones, enfados, pero al fin logré que mi sobrina tuviera su cota de oportunidad. Ahora estaba en ella aprovecharla o no.

Sigo estando en el balcón, mirando a los que pasan por delante. Espero que mi sobrina me visite. Sabes, ella viene muy a menudo a visitarme, me llama "tita" y eso me llena de orgullo. Me cuenta como le va en su trabajo de profesora de universidad. Bueno lo que no os he dicho es que mi sobrina terminó la carrera de derecho y ahora es una señora abogada que da clases de derecho penal en la universidad. ¡La primera licenciada en la familia! Que digo familia ¡ La primera licenciada del pueblo!.

Cuando mi hermano lo contó, lo celebraron como si fuera el éxito de todo el pueblo, allí estaban todas las autoridades, sus mujeres e hijos. ¡Ahora también las hijas!

Las cosas han cambiado mucho en mi pueblo, ya nadie se plantea el no estudiar y yo cada vez que veo esto me acuerdo de aquellos duros inicios y me siento tan feliz como gato panza arriba.

Mis fuerzas se están agotando, pero doy por sentado que mi sobrina y otras muchas, muchísimas como ella, lucharán y mejorarán la situación hasta alcanzar el lugar que toda persona, hombre o mujer merece.

Espero me tengas el cafecito preparado para cuando nos encontremos.
Un abrazo de tu amiga

M^a Purificación
Zugasti Olabariaga